

Análisis de *Los maderos de San Juan*: migración de los personajes en tiempo y espacio en el universo narrativo de Edna Pozzi

Eduardo Cormick

Me propongo analizar *Los maderos de San Juan*ⁱ, una novela con recursos propios de la novela contemporánea, en la que el punto de vista está repartido entre los protagonistas y, a través de su lectura y relación con otras novelas de Edna Pozzi, intentar una interpretación de su rico universo narrativo.

En *Los maderos de San Juan* el punto de vista no es homogéneo sino contradictorio entre los personajes que, a veces desde la tercera persona, a veces desde el monólogo interior, a veces como contándolo a otro, nos irán llevando a lo largo de esta trama que vincula a tres mujeres a lo largo de cien años.

Primero, un breve repaso de la obra de Edna Pozzi

Edna Pozzi nació en Pergamino (Bs As) y es autora de una extensa obra en poesía, narrativa, teatro y ensayo.

Es autora de más de una docena de poemarios; en 2000 se publicó su obra poética completa como *Tomo I de su obra completa*.

En novela escribió *Las ruinas de la infancia* (Galerna, 1983), *El lento rostro de la inocencia* (Emecè, 1986), *El ruido y el viento* (Ediciones Carlos Lohlè, 1989), *Los maderos de San Juan* (Ediciones Fundación Victoria Ocampo, 2006), *El huésped* (Ediciones Fundación Victoria Ocampo, 2007).

Recibió numerosos premios y reconocimientos en el país y en el extranjero: dos veces Faja de Honor de la SADE, Primer Premio Novela del Fondo Nacional de las Artes y el Premio Empecé, entre otros. En 2006 recibió el Premio ILCH por su trayectoria y su valioso aporte a la literatura del mundo hispánico.

El libro *Homenaje a Edna Pozzi. Un conjuro contra la soledad y la muerte*ⁱⁱ, coordinado por la Licenciada Bertha Bilbao Richter es un acercamiento riguroso al universo poético y narrativo de Edna Pozzi, cuya obra espera, y merece, nuevos abordajes.

Los Maderos de San Juan fue finalista del Premio Clarín de Novela 2004, con un jurado estuvo integrado por el chileno Antonio Skármeta, la mexicana Ángeles Mastretta y el argentino Andrés Rivera, en el que ganó Ángela Pradelli con *El lugar del padre*. La Fundación Victoria Ocampo publicó la novela en 2006.

En esa historia, la presencia de una médica de la Unesco en la selva paraguaya activa un trasfondo sobre el que se cuentan las vidas de distintas mujeres relacionadas entre sí. Desde esas voces se configura un universo despiadado y poético, correspondiente a diversos momentos de la historia argentina.

En *Los maderos de San Juan* nos enteramos de la matanza de unas niñas en Bahía Negra, localidad del Chaco Paraguayo limítrofe con Bolivia que parece concentrar todos los elementos del realismo y la magia. Inmediatamente la novela da un salto en el tiempo para describir la llegada al puerto de Buenos Aires de una niña de 15 años que, acodada en la cubierta, escucha que dos hombres altos y morenos la llaman desde la explanada por su nombre: Beatrice. Entre esos dos extremos históricos se desenvuelve la trama, que apela una y otra vez a los cambios de escenarios y personajes.

La novela está organizada en 5 partes, las que a la vez están divididas en capítulos.

La descripción de la llegada de Beatrice al puerto de Buenos Aires es descripta en el cap. 4 de la parte I, y en el capítulo 5 se postula el plan de trabajo de la novela:

La idea es, Cecilia, un texto profundo y poético y la Parábola de esta vida desde 1893 hasta 1994, salteando las mujeres grises y opacas que fueron engendradas sin amor y música y llegar a vos que heredaste la luz y el tono brillante de aquella niña romana, tu bisabuela, que te vio al descender del tren con la muñeca en las manos... (pág. 23)

Beatrice llega a Buenos Aires con 15 años y pasa de niña a esposa de un hombre de 40, en un campo de la inmensa llanura pampeana.

Una mujer nos narra su actividad en una misión de Naciones Unidas en Bahía Negra, en el Chaco Paraguayo. Ya avanzada la novela sabremos que esa mujer se llama María.

Está la narración en torno a Cecilia, en la voz de María. Es María quien nos habla de Cecilia como la niña imaginada cien años antes por Beatrice.

Está la voz de Cecilia, en una novela que es enteramente femenina. La voz y la trama son femeninas. Los varones tienen, en la novela, el rol de personajes de reparto.

En Ella (Beatrice) conviven la esposa de un hombre varios años mayor, madre de varios niños, y la mujer esencialmente libre:

Tal vez nunca como ella, galopando en un animal nervioso y arisco por la pampa. Montura casi en pelo, a mirar cómo los cielos transcurren velozmente y los pastos se quiebran al paso de caballo y jinete hasta que la espuma sanguinolenta doblegue al animal, entonces desmontar y estarse ahí, tirada sobre los pastos, oliendo el perfume agrio de la alfalfa y el esplendor denso de la mañana. Todos los amaneceres, cuando estaban en la chacra cercana al pueblo, dejaba sobre la amplia mesa de la cocina la leche recién ordeñada y el pan casero dorado en el horno de barro y llamaba con un silbido al overo. Entonces su marido y los tres niños, miraban por la ventana estrecha la joven de veinte años azuzando con gritos y rebenque al animal, mientras sus polleras negras se agitaban en la brisa suave y desaparecían en la línea del horizonte, dejando un agujero tenebroso, la imagen de una muñeca demente chillando a las torcazas y a las calandrias, rompiendo la luz de la pradera. Regresaba tranquila y segura, un silencio trabajado de estupor la recibía. Ella corría ligeramente hacia la cocina, sonreía a los niños y a los pocos momentos una sinfonía de ollas y agua que caía de los baldes y nueces golpeadas con un martillo. (pág. 25)

Ella piensa cada noche en una niña:

[...] por años la esperaré, tal vez sea una santa o alguien que ría y baile, indestructible sobre la tierra. Pensaré en ella a través de días infinitos porque vendrá a recogerme, ya conozco su rostro. (pág. 33)

Está el impacto en Argentina de la Guerra en Europa en los '40 y la descripción, en ese contexto, de un modelo familiar marcado por la nostalgia de pautas autoritarias y racistas:

Éramos ocho adolescentes, entre trece y dieciséis años, descendientes de la pequeña colonia alemana asentada en ese caserío de la sierra. [...] Una organización familiar férrea y sin fisuras nos mantenía atados a una tradición en la que el coraje, el honor y la añoranza por la distante tierra de los mayores, eran el pan cotidiano. (pág. 144)

Allí un grupo de jóvenes de un caserío de las sierras de Córdoba se reúnen y constituyen la Sociedad de Jóvenes Alemanes para la Victoria Final. Es el verano de 1943.

Pronto se ponen en acción y el resultado es una serie de ataques a seleccionados enemigos: los cerdos de un granjero, una curandera del pueblo, hasta llegar a la muerte de Alicia, hija de la cocinera de la casa del que narra.

Está el deambular por las montañas de Tucumán de Felipe Aranda, un guerrillero que sabe que ha dado información al ejército para salvar a Cecilia, quien le ha contado que conoció a la hija de Juan Gelman.

Felipe ha escrito un libro que tiene casi concluido. Habla de Giacomo Leopardi, autor que volverá a aparecer entre los libros que tiene María en Bahía Negra.

Ahora puedo contarle porque estoy muerto y mis palabras son como pájaros secos, un simulacro de vuelo.

[...] Estoy enterrado junto a un soldado del ejército regular y los campesinos pisotean nuestras tumbas y a veces escupen en ellas.

[...] Cuando llegaron a mí ya estaba muerto. Por la espalda, como corresponde a los traidores. (45-49)

Los maderos de San Juan lleva la frontera más allá de los límites políticos de la Argentina actual, y atraviesa un siglo de nuestra historia. Buena parte de la trama ocurre en una zona de triple frontera entre Paraguay, Bolivia y Brasil en la que conviven poblaciones indígenas con policías, estancieros, narcotraficantes.

[...] No hay camino, dijeron, solo algunas poblaciones míseras a las que puede llegarse por senderos y picadas abiertas en la selva a machetazos. Y después el polvo y el desierto. (pág. 106)

[...] Llovía cuando llegamos a Asunción, esa lluvia cálida, pesada, que la tierra colorada recibe como una hembra lujuriosa, lluvia sobre verdes furiosos, sin sutileza ni valores de luz, no hay grises en los techos o en las paredes azotadas por las hojas de los bananeros. Esto no es Buenos Aires, pensé, la lluvia fresca de la pampa, gris sobre gris. No es París en invierno, lloviendo sobre una ciudad no dorada sino marrón, asquerosamente melancólica en el cementerio de Père Lachaise. (pag105)

El horizonte comenzaba a verse en la lejanía, con jirones de un celeste tierno que rompía las nubes pesadas. Va a aclarar, dije inútilmente y él señaló el espacio que se abría en soledades parecidas a las de la pampa. [...] Cerca del río. De los grandes árboles. Como si fueran convocados por sus palabras, hileras de pájaros grises comenzaban a cruzar el cielo. Durante dos horas viajamos en silencio, Hansel y Gretel, perdidos en el bosque, a punto de tropezar con la casita de la bruja. (pág. 119)

Varias generaciones después, Cecilia reconoce esa conexión que atraviesa el tiempo. Dice Cecilia

Soy la niña de oro, lejos de la caridad y de la fe de globitos de colores de esta gente. Yo soy la música y nadie la escucha. Hubo otra niña, hace como cien años, que también tenía el don. (75)

Cecilia dice de sí misma:

Soy una muchacha alegre y glotona. (pág. 85)

Cecilia habla de Ella:

[...] conté que Ella, la bisabuela, había peleado con un peón borracho y eso era por los años 20 y estaba sola en el campo con sus hijos. El peón quiso avanzarla y ella se defendió con esos palos largos que en el extremo tienen un gancho y sirven para apartar los cerdos. Bajo la amenaza de esa punta cortante fue llevando al peón hasta un bebedero de hacienda y allí, aprovechando el estado calamitoso del borracho, presionó su cabeza hasta ahogarlo. (pág. 80)

Cecilia es joven, es omnipotente, se suma a un grupo guerrillero, escribe un libro de poemas, que tal vez ya fueron escritos hace 100 años por Ella (su bisabuela) y reescritos luego por alguien más.

Me dijeron, Cecilia, que esta historia ya había sido contada y lo que es peor corrompida por sucesivos narradores que a través de los años —casi cien— apretaron el cuello de la verdad y la devolvieron convertida en un muñeco desarticulado. (pág. 127)

El concepto es reiterado un poco más adelante:

Me dijeron, Cecilia, que esta historia ya había sido contada. Contada en otras mujeres, inventadas o reales, literarias o cotidianas y accesibles, que lucharon con el mismo ahínco para destruir un orden ficticio. Otras mujeres frente a las cuales Ella no era sino una forma de “repetición sombría”. [...] Nunca una mujer soñó una criatura con tanta pasión e intensidad y proyectó su sueño a través de los años. (pág. 174)

Hiperrealismo en *Los maderos de San Juan*

En diversas novelas de la literatura latinoamericana podemos encontrar personajes hiperreales. En *Sota de bastos, caballo de espadas* está “el señalado”, un personaje que desapareció en el bosque corriendo tras un chanco para volver años después comandando un grupo guerrillero que combate a los españoles. En *Juan Bautista Túpac Amaru y el misterio la Orden del Sol* de José Bilbao Richter hay un ser hiperreal, El Peregrino, capaz de atravesar los años y los espacios.

También en *Los maderos de San Juan*, un ser hiperreal acompaña a las mujeres de la familia desde Beatrice hasta Cecilia. Ella es la Guardiana:

Sin embargo, muchas veces, en las cocinas, en los pueblos, había oído hablar de la guardiana. La mujer casi vieja y enlutada que aparecía en los hogares coincidiendo con sucesos desgraciados o provocándolos. (pág. 51)

La Guardiana aparece desde los años en que Ella estaba sobre la tierra. Es una mujer flaca, vestida de negro, parece anunciar desgracias o dolores muy grandes. No habla, sólo se está allí cuando algo se tuerce, algo malo está por suceder. (85)

Intertextualidad e intratextualidad

Hay intertextualidad:

Dijo en voz alta, muchachuelo de brazos cetrinos—que vas con tu cesta—
rebotando naranjas pulidas de un caliente color ambarino...Es de Juana,
explicó, Juana de América.

(*El vendedor de naranjas*. Juana de Ibarbourou)

Hay referencias a Giacomo Leopardi, Juan Gelman, Gabriela Mistral.

Hay incluso otros textos de la propia Edna Pozzi, incorporados en la novela,
como advertimos en el capítulo 9 de la parte III, en los que habla de Santa
Teresa de Ávila y del proceso creativo de *El ruido del viento*:

[...] cuando el Inquisidor General Fernando de Valdez, en el año 1559, prohíbe
la difusión de la Biblia y de todos los libros sagrados en lengua vulgar. Como
Teresa no lee ni escribe el latín, acusa el golpe. No obstante, casi
coincidentalmente con esta noticia, le llega la voz de Dios, que atravesando
toda la historia de los censores, entre prelados, príncipes, verdugos más
supersticiosos que sus propias víctimas, le dice “No tengas pena Teresa. Yo
haré de ti un libro vivo”. [...]Al escribir sobre este episodio pensaba cómo será
ser un libro vivo. Como se logra esa unión, esa comunicación, esa esplendente
forma de fundirse en el otro y darle vida. (pág. 158)

Los personajes de Edna Pozzi, viajeros en el tiempo y en la ficción

En el capítulo 8 de la parte II de *Los maderos de San Juan*, leemos:

[...] Nunca le conté la muerte de Felipe Aranda y el olor a podrido de ese
recuerdo. (pág. 86)

Antes, en el capítulo 15 de la parte I, habíamos podido leer un texto en el que
el personaje mencionado nos cuenta:

*Ahora puedo contarle porque estoy muerto y mis palabras son como pájaros
secos, un simulacro de vuelo.* (pág. 45)

En *Los maderos de San Juan* Felipe Aranda es un joven que fue motivado por
un tío sacerdote para ingresar como seminarista y finalmente muere en el
monte de Tucumán:

*Cuando llegaron hasta mí, ya estaba muerto. Por la espalda, como
corresponde a los traidores.* (pág. 49)

Escrito en itálica, para denotar el carácter de testimonio del personaje, nos
permite saber que es una acción de él la que permite salvar la vida de Cecilia.

El sexto capítulo de *Las ruinas de la infancia*ⁱⁱⁱ, que se publicó en 1983 ya había ganado el Certamen Bienal de Novela Union Carbide, nos habla de Felipe Aranda. En el capítulo cuarto habíamos conocido a Tránsito Aranda, un hombre nacido en 1890 en San Pedro, que al modo de Martín Fierro o Juan Moreira, se ha desgraciado, es decir que mató a un hombre. Felipe Aranda pertenece a la misma estirpe: hijo de una sobrina de Tránsito, deja el orfanato para ingresar al seminario y muere joven en Pergamino, por una bala por la espalda, cuando “Felipe Aranda supo que todos lo habían abandonado” (*Las ruinas de la infancia*, pág. 173)

Para completar la información acerca de Felipe Aranda, mencionaremos un dato que nos da Cristina Guzzo en una cita de su ensayo *Escribir sobre los ojos de los muertos: Las ruinas de la infancia: Felipe Aranda fue un teólogo español (1642-1695). Aragón. Ingresó en la Sociedad de Jesús. Enseñó teología y filosofía en Zaragoza.*

Esta migración de Felipe Aranda desde una novela a otra o de un espacio geográfico a otro no es un recurso excepcional en Edna Pozzi, como tampoco lo es la inclusión de figuras religiosas en sus novelas.

En *El ruido del viento*^{iv} Edna Pozzi nos trae la figura de Santa Teresa de Ávila, que murió en la meseta castellana cincuenta años antes del nacimiento del teólogo aragonés. La Santa Teresa de *El ruido del viento* dice:

[...] cuando se escribe también se busca, no encender el cirio de la buenaventuranza, sino forzar la palabra para que logre rescatar esos conos de luz que hablan de una dicha perdida, porque toda palabra es sólo restos de luz... (*El ruido del viento*, pág. 89)

En la misma novela conocemos al personaje de Juan de la Cruz, el joven sacerdote al que Teresa de Ávila invitó a sumarse a la orden de los Carmelitas descalzos. Incomprendido, perseguido, Juan de la Cruz se aferra a los mismos valores que promovió Teresa de Ávila, y será condenado por eso.

A medida que avanza la novela, el escenario migra de España a América, y de los siglos XVI y XVII a los siglos XIX y XX, donde hay una Teresa y un Juan, que podrían no ser los mismos, pero encarnan, unos y otros personajes, los

mismos nudos dramáticos y enfrentan los mismos conflictos en defensa de aquellos mismos valores.

Diez años después de *El ruido del viento*, los mismos temas y personajes regresan en *El libro de Juan*, en el que la riqueza poética de Edna Pozzi encuentra nuevas formas de expresar sus constantes preocupaciones vitales.

En *Los maderos de San Juan* no hay humor. Hay exageraciones y distorsiones rabelesianas: Ella se acuesta a sus quince años para recibir el cuerpo de su marido de cuarenta, mientras repasa en su mente las recetas que hará para alimentarlo.

Años más tarde, Ella recorre las calles del pueblo pidiendo pan. Prepara un budín de pan prolijamente horneado y escupido que luego sus hijos venden casa por casa.

En opinión de Manuel Jofrè, *Los maderos de San Juan* es una

Novela enigmática, simbólica, por un lado; realista y feista por otro lado, queda con una imagen final de una hibridación propiamente latinoamericana.^v

Hay en la novela presencia de lo macabro y del pesimismo, como los textos de Giacomo Leopardi. Leopardi habla del desamparo del ser humano y la crueldad de una naturaleza esencialmente implacable, que acosa al hombre desde su propio nacimiento hasta más allá de la muerte.

Dice Cecilia:

Quién era yo, en todo caso, para mentir a nadie que la felicidad era posible. (pág. 114)

Paratextos

El título

Se apoya en el cancionero popular español e hispanoamericano para el título e incluye sus versos en un párrafo:

Oí la voz de Germán que llamaba, Cecilia, me siento mal, pero no podía detenerme porque allá estaba la Guardiania, sentada en el muro de cemento, la cabeza recortada en el río y la piernas flacas y negras balanceándose, hacen-rin, hacen-ran, los maderos de San Juan, piden pan, no le dan, piden queso, le dan hueso...y le cortan el pescuezo. (82)

Escribe hacen-rin, hacen-ran en lugar de «aserrín aserrán»

La portada

El triunfo de la Muerte es una de las obras más conocidas del pintor Pieter Brueghel el Viejo, máximo maestro de la Escuela flamenca del siglo XVI que se conserva en el Museo Nacional del Prado en Madrid.

Nos habla de la pequeñez, crueldad y falta de sentido común del hombre, que pretende cambiar un destino impuesto.

La portada reproduce la parte inferior derecha del cuadro. Una pareja de enamorados que permanecen absortos ignorando lo que les rodea. Detrás de la mujer un esqueleto imita al tocador de laúd. A su lado una mesa puesta con manjares, y un juglar con jubón ajedrezado, se intenta esconder debajo.

Un caballero hace ademán de desenvainar la espada, intentando defenderse de lo irremediable. Al fondo se agrupa un ejército de muertos.

En la contratapa, un texto de María Esther Vázquez:

Tres son las virtudes esenciales de *Los maderos de San Juan* de Edna Pozzi. La primera, la originalidad de la trama que se mueve en tiempos paralelos y discontinuos, creando alucinantes momentos de tensión; la segunda, el perfil psicológico de los tres principales personajes femeninos —cada uno de ellos bien identificado dentro de su momento histórico y geográfico— en quienes la crueldad y el amor son dos elementos constantes que, junto la pasión, la malicia, la audacia, el tedio, la pena de vivir y la alegría de la juventud triunfante, contraponen un friso donde laten cuatro generaciones. Por último, el perfecto equilibrio y el magnífico ejemplo de escritura, logrado en cada página por la autora, hacen que leer *Los maderos de San Juan* sea, más allá de la intensidad alcanzada, un placer estético.

Hay dos citas (la primera del poeta argentino Joaquín Giannuzzi y la segunda del escritor español Justo Navarro), que en opinión de Manuel Jofrè:

[...] son extraordinariamente fuertes y se refieren a la condición humana, al carácter del mundo, a la pérdida del ser, a la orfandad total.

Tiene dos dedicatorias en el inicio:

Para Juan
Por Octubre

En la última página:

...Y a Jorge y Martha
Por resistir en la alegría

Manuel Jofrè encuentra en esta dedicatoria “un toque final positivo, esperanzado”.

Finalmente:

Debo a dos poetas, Joaquín Gianuzzi y Amelia Biagioni, algunas palabras e inspiraciones de este texto. Y a los films de Bergman ciertas señales del último capítulo.

La narrativa de Edna Pozzi discurre, a través de las historias y los personajes que conforman su novelística, acerca de la vida como una lucha, no por mantener la esperanza sino por evitar que se apaguen los haces de luz que el poeta protege en la palabra.

ⁱ Pozzi, Edna. *Los maderos de San Juan*. ISBN 987-1198-16-7. Buenos Aires: Victoria Ocampo, 2006. 216 pp.

ⁱⁱ Bilbao Richter, Bertha. Homenaje a Edna Pozzi. Un conjuro contra la soledad y la muerte. ISBN 978-987-3600-98-2. Buenos Aires: Enigma Editores, 2018

ⁱⁱⁱ Pozzi, Edna. *Las ruinas de la infancia*. Buenos Aires: Galerna, 1983

^{iv} Pozzi, Edna. *El ruido del viento*. Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohlè, 1989

^v Jofrè, Manuel. Lectura y análisis de *Los maderos de San Juan* de Edna Pozzi, en Homenaje a Edna Pozzi. Un conjuro contra la soledad y la muerte. ISBN 978-987-3600-98-2. Buenos Aires: Enigma Editores, 2018